

Annex Nota de premsa Ple CVC
27 de febrer de 2006

Unas palabras sobre la autocensura en las Fallas
Santiago Grisolí, president del Consell Valencià de Cultura

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a los miles de falleros y falleras, especialmente a la Fallera Mayor y a la Fallera Mayor Infantil, que es nuestra vecina, y a la Alcaldesa de Valencia, por su comportamiento modélico, en el tradicional acto de la Cridà, a pesar del tiempo tan desagradable.

Estos últimos días hemos conocido por la prensa algunos casos de censura –o mejor de autocensura– en los monumentos falleros. Todas estas noticias se refieren a muñecos o símbolos retirados con objeto de no ofender a los seguidores de alguna religión, entre ellas la cristiana. Sobre esto creo que es conveniente y legítimo que manifieste mi opinión, en la esperanza de contribuir a racionalizar las cosas.

Existe una sana tradición satírica en nuestra sociedad, y supongo que en todas, históricamente perseguida, o mal tolerada, por los poderes de turno, pero nunca del todo anulada, y esa tradición forma parte de la cultura de raíz europea, hasta el punto de ser una de sus mejores características: el rechazo de los ídolos, o, lo que es lo mismo, del argumento de autoridad. En definitiva, el rechazo de la imposición de ningún dogma, y de la prohibición de cuestionarlo. Todas nuestras conquistas intelectuales, y también las materiales, se han basado en el ejercicio de esa tradición.

Por lo tanto, tenemos la obligación de defenderla, y en esa defensa nos asiste, como mínimo, el mismo derecho que otros aducen para hacernos callar, y más aún. De hecho, hablando objetivamente, los defensores de la tradición librepensadora podemos exhibir muchos más mártires en la historia que todas las religiones juntas.

Pero, además, en este caso ni siquiera estamos defendiendo el derecho a cuestionar, incluso por medio de la sátira, a dioses o religiones, sino sólo a sus intérpretes, representantes u oficiantes. Y también a las supersticiones que algunos creyentes no consiguen separar de sus creencias –con eso, si bien se mira, no se les hace a las religiones ninguna ofensa; al contrario, se les hace un favor.

Pero lo que no podemos es caer en lo que representa la pendiente resbaladiza de la censura.

Vamos a ser prudentes, desde luego; vamos a tener en cuenta que, por mucho que maticemos, siempre habrá quien no sólo no nos acepte, sino que tampoco nos entienda. Pero no podemos retractarnos ni mucho ni poco de la libertad de expresión, ni dar signos de que renunciamos a algo tan constitutivo de nuestras Fallas, ya que nos quedaríamos indefensos, además de ante los dogmas religiosos, también ante otros no menos peligrosos. Y, en definitiva, empobreceríamos nuestra vida y la de nuestros descendientes.